

SOLER AZNAR, MANUEL. *La resistencia silenciada. Historia del congreso universitario de escritores jóvenes y edición facsímil de su boletín (Madrid, 1954-1955)*, Madrid, Ediciones Ulises, 2021. ISBN: 978-84-16300-90-7.

DOI: <https://doi.org/10.20318/cian.2022.7004>

Aunque la historia del Congreso Universitario de Escritores Jóvenes (CUEJ) (1954-1955) es conocida por diversas narraciones académicas, biográficas y de recuerdo, *La Resistencia silenciada* supone un interesante aporte historiográfico para el conocimiento no sólo de dicho proyecto cultural, *silenciado* por la dictadura vía prohibición, sino, por relación, de la intrahistoria del movimiento estudiantil antifranquista en su fase germinal. De algún modo se radiografía el proceso de construcción del movimiento a partir de los primeros activistas de nueva generación y su *modus operandi* en aquellas fechas. El consenso es generalizado sobre la relación de dichos acontecimientos culturales y los sucesos de febrero de 1956 que marcaron un simbólico punto de inflexión en la historia de la protesta universitaria en la España de Franco.

Existen suficientes y cualificados testimonios directos que han relatado sus vivencias en torno al CUEJ, a sus prolegómenos y epílogo (Jorge Semprún, Enrique Múgica, Julio Diamante, Gabriel Elorriaga, Jaime Ferrán,

Ramón Tamames, Antonio Ferres, Fernando Sánchez Dragó, Pedro Laín, Dionisio Ridruejo, Javier Pradera, Carlos Semprún); hay reconstrucciones desde el periodismo (Pablo Lizcano), contamos con recopilaciones de documentos policiales sobre personas y actividades (Roberto Mesa) y se ha abordado desde la investigación histórica (Elena Hernández Sandoica, Miguel Ángel Ruiz Carnicer y Marc Baldó; Eduardo González Calleja; Nicolás Sartorius y Javier Alfaya), entre otros. ¿Qué puede, entonces, aportar el libro de Manuel Aznar Soler que, por lo demás, ya había tratado el asunto en su reciente libro *El Partido Comunista de España y la literatura (1939-1975)* (2021)? Son dos principales, una que afecta al objeto en sí (el CUEJ) y otra a su relación con el movimiento estudiantil. Veamos.

Para empezar, en la referencia ut supra la aproximación al tema se hace fundamentalmente desde el punto de vista literario, en un capítulo encabezado por el descriptivo título de “Resistencia estética y realismo literario: el *Boletín del Congreso Universitario de Escritores Jóvenes* (1955)”, texto actualizado que a su vez procedía de una comunicación presentada en el VIII Encuentro Internacional de Investigadores del Franquismo, organizado en 2013 por el Centre d’Estudis sobre las Èpoques Franquista i Democràtica (CEFID), de la Universitat Autònoma de Barcelona (hoy Centre d’Estudis sobre Dictadures i Demo-

cràcies, CEDID). En este trabajo previo interesan particularmente los vínculos generacionales con líneas éticas y formales; en palabras de Jordi Borja, al realizar el retrato de aquella generación, la “adhesión expresa a una estética como instrumento transformador de raíz moral (...) narradores que, nacidos en unos años comunes, identificaban en ciertas formas de la estética del realismo su ética de resistencia” (*Estado y Cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962)*, p. 156). Es ésta una idea, asociada al llamado realismo social, que aparece recurrentemente a lo largo de *La resistencia silenciada*, tanto en fuentes de época como en reflexiones actuales que aderezan la narración.

Para este objetivo propio de la historia de la literatura –“el presente ensayo no tiene por objetivo la reconstrucción histórica del frustrado Congreso...”, alerta en el primer párrafo del capítulo citado– se recurrió al *Boletín* del Congreso como fuente de análisis, lo que permitía rastrear la presencia de realismo social en los ambientes universitarios de mediados de los años cincuenta; pero en la monografía de Ediciones Ulises, en el que el problema adquiere relevancia central, se rescatan y publican por primera vez en facsímil los tres números del *Boletín* que vieron la luz, situándolos en un marco conceptual más amplio que el puramente literario, gracias a lo cual podemos tener

un conocimiento más profundo del contexto en el que se editaron y de algunas de las aportaciones recogidas en los mismos, a las que, además, se le asignan sistemáticamente la autoría que no venía consignada en el original, donde siempre se quiso transmitir la idea trabajo colectivo, evitando las individualidades y personalismos.

Así pues, aparte de un mayor desarrollo del tema, con el uso de nuevas fuentes (de especial valor la correspondencia que complementa los trabajos anteriores), focaliza con precisión un problema y lo delimita conceptualmente, apuntando la relación entre la cultura (en especial la poesía) y el movimiento estudiantil, con un PCE presente que, en ese marco, consiguió sus primeros militantes universitarios en Madrid. Si no es un enfoque novedoso para el estudio de la poesía y su función social y política, estudiados por el mismo Soler, sí que implica una perspectiva original para afrontar el análisis de un movimiento social, fijando más la atención en la cultura e impulso personal que en las organizaciones, sin perder de vista a éstas, que han tenido historiográficamente una atención preferente en la bibliografía especializada.

Con serena y envolvente narración se fija un orden cronológico que estructura formalmente el libro a partir de casos concretos, algunos conocidos y otros no tanto; no en vano, el primer capítulo marca el camino: “Primavera de 1954: los encuentros

entre la Poesía y la Universidad”, donde se percibe la mano dcha del catedrático de Literatura, un rasgo apreciable en otros pasajes de la obra en los que la poesía se posiciona en el centro de la historia, haciendo buenas las palabras de Gabriel Celaya, precisamente de 1955 (*Cantos Íberos*): “La poesía es un arma cargada de futuro”, que tan suyas hicieron muchos de los implicados en el frustrado proyecto que se adscribían al realismo social en arte y literatura. Un signo inequívoco de orientación ideológica, ética y estética, que no necesariamente de pertenencia política, aunque muchas veces sí. Era una cuestión más vital que política, pero por la que, indefectiblemente, pasaron buena parte de los activistas. La primera brecha a la dictadura se tenía que hacer con armas culturales, y es ahí donde cobran todo su sentido los Encuentros Poesía-Universidad, porque lógicamente, no era cualquier poesía. El libro de Soler hace posible aproximaciones micro de las que se pueden extraer conclusiones de largo alcance para comprender la estructura y desarrollo de la oposición al franquismo y situar en su justo lugar la dialéctica individuo-partido político: la explicación de lo acontecido es más circunstancial y personal que estructural, en todos los sentidos, con las implicaciones que esto tiene en el orden historiográfico.

En el prólogo se sitúa al que es considerado el actor principal y se

apunta una circunstancia de interés teórico, pese a que no quede explicitado como tal: aunque el objetivo real del libro no es estudiar el movimiento estudiantil como agente colectivo y contencioso, sino la significación e historia del mencionado Congreso y el papel de la Cultura en sí misma como frente de oposición política, sí que supone un acercamiento al mismo rescatando al individuo y al papel que los sujetos concretos tienen en la Historia y en el seno de los movimientos sociales: en particular Enrique Múgica y en torno a él, Dionisio Ridruejo y Jorge Semprún, entre otros: el primero, estudiante de Derecho, realizó la tarea de zapa entre los escolares a nivel de base, y, a través de Ridruejo contactó con el rector Pedro Laín, vía que le abrió el camino para el contacto con cargos oficiales del ministerio, del SEU u otros escritores de relieve, aprovechando la cobertura legal que durante un tiempo tuvo el proyecto. Soler lo escribe explícitamente: “Mi convicción es que Enrique Múgica fue sin duda el cerebro, el estratega y el principal impulsor del Congreso Universitario de Escritores Jóvenes (CUEJ), y creo que este protagonismo puede demostrarse claramente a través de su epistolario durante estos dos años 1954-1955, un proceso sin el cual es obvio no se pueden entender los sucesos de febrero de 1956”. La idea del Congreso parece que la sugirió en primera instancia Jesús López Pacheco, según re-

conocen algunos testimonios y queda recogido en el libro en clave de duda.

A partir de esta base humana, el primer capítulo comienza refiriendo el impacto negativo que supuso para el escaso prestigio del SEU los hechos ocurridos en enero de 1954 con ocasión de la visita de la Reina Isabel II a Gibraltar y la represión de la manifestación convocada por el SEU para protestar por esta presencia: “El inteligente estrategia político-cultural que era el joven Múgica, consciente de que, “descartada cualquier posibilidad de actividad política (...) el único camino de actuación eran los actos culturales” –dice citando a Múgica–, supo encauzar pronto esa indignación y protesta a través de la estética, y más concretamente de la poesía, tal y como él mismo explica en sus memorias”.

A su vez, el contacto con Semprún unía a Múgica con la dirección del PCE (Santiago Carrillo, Vicente Uribe, Pasionaria, etc.). Es en el segundo capítulo cuando se plantea la cuestión de la militancia comunista de Múgica y se le pone fecha exacta a la creación de la primera célula comunista en la Universidad de Madrid: 1 de abril de 1954. Habitualmente se ha fijado la atención en las organizaciones clandestinas para analizar la oposición a la dictadura franquista; pero éstas no fueron más que la punta del iceberg de un universo político-sentimental sumergido; bajo esa realidad orgánica existió un mundo de relaciones y

de redes informales de relación, que, desde mi perspectiva, fueron condición necesaria para la subversión contra la dictadura de Franco, más allá (y sin negar) el papel de las organizaciones. Para comprender este hecho es fundamental el estudio de los espacios de sociabilidad y los contextos de micromovilización (más que los partidos), en los que aquellas redes informales funcionaron de manera más o menos natural, lo que, para empezar, facilitaba los encuentros, la toma de conciencia y la planificación de acciones posteriores. La Universidad y los espacios aledaños en los que la gente se desenvolvía cotidianamente (librerías, centros culturales, editoriales, parroquias, barrios, etc.) constituyen objetivos de estudio en sí mismos para la reconstrucción de un tipo de resistencia a Franco. Desde esta perspectiva, Soler nos pone delante un modelo perfecto para comprender cómo funcionaba la oposición al franquismo especialmente en la etapa donde se sitúan los acontecimientos. Este es el segundo valor del libro.

En efecto, los datos biográficos que aporta son ilustrativos de lo que quiero subrayar y dibujan un camino esclarecedor: en otoño 1949 (con diecisiete años) Múgica, movido por su interés por el teatro, la poesía y la literatura en general, se hizo socio del Círculo Cultural Guipuzcoano, donde conoció y entabló amistad con Luis Martín Santos. Fue ahí, según

testimonio del propio Múgica, el lugar en el que comenzaron sus lecturas expresamente políticas de corte marxista. En 1952 visitó la Librería Española en París, fundada por Antonio Soriano, lugar de encuentro de exiliados españoles, un hito relevante en su camino al comunismo, como reconoce el protagonista en sus memorias; y a finales de aquel año entabló amistad y entró en el círculo personal de Gabriel Celaya, verdadero contacto intermedio con el PCE. Ocurrió de manera natural, a través de la editorial Colección Norte de Poesía, fundada por Celaya en la calle Juan de Bilbao, en San Sebastián; y fue por aquí por donde Múgica conoció a Semprún en la ciudad donostiarra, en junio de 1953. Dicho en otros términos, la toma de conciencia política y el rechazo visceral al franquismo fueron anteriores al ingreso en el partido y no a la inversa, lo cual me parece un matiz relevante. En octubre de 1953 Múgica marchaba a Madrid para continuar la carrera de Derecho; con él iba el que sería el primer militante del PCE en la Universidad Central.

La función y los resultados del trabajo del instructor Semprún son incuestionable, y sirvieron para la transmisión de consignas y estrategias más o menos generales, como la infiltración en el SEU, el sindicato falangista oficial y único en la Universidad, antes de que el fenómeno se generalizara en el movimiento obrero a través de las CCOO. Con su

aliento y preparación hizo posible la formación de la primera célula comunista a partir del propio Múgica (Jesús López Pacheco y Julián Marcos, y posteriormente, Julio Diamante, Ramón Tamames, Javier Pradera, Fernando Sánchez Dragó, Emilio Sanz Hurtado, etc.), que, en buena medida estará vinculada con la organización del Congreso. El artículo “Responsabilidad y tareas de los estudiantes comunistas”, firmado por Federico Sánchez [Jorge Semprún] en *Mundo Obrero* (nº 2, enero de 1956), iba destinado a ellos y marcaba las directrices generales de acción del movimiento estudiantil a la vez que venía a constatar lo que estaba ocurriendo, siendo un tanto visionario en lo que estaba por venir. Pero quizás haya que evaluar con más precisión el papel del PCE en el desarrollo de la historia del CUEJ, pues creo que éste fue más limitado: la correspondencia publicada por Soler y la documentación que se conserva en el importante Archivo Histórico del PCE pienso que lo dejan claro: no hay ni instrucciones concretas, ni financiación directa (el *Boletín*, por ejemplo, se pagó con fondos del rectorado), ni se sugieren nombres ni orientaciones específicas en el contenido del Congreso (más allá de consignas generales), ni el partido intermedió en ningún momento, ni la idea del Congreso salió del aparato, etc. Simplemente apoyó la iniciativa, como parece no podía

ser de otro modo dado el planteamiento cultural del proyecto y que estaba en la línea de aproximación y reclamo a los intelectuales planteada en el V Congreso del PCE (septiembre de 1954; y unos meses antes en el *Mensaje del PCE a los intelectuales patriotas*, fechado en abril).

Julio Diamante (*Del cine y otros amores*, 2021), que reclamaba la participación del PCE, reconocía igualmente la importancia de los no organizados: “Por supuesto, en torno al Congreso confluían compañeros de muy diversas tendencias, aunque todavía no organizados: socialistas, católicos no integristas, monárquicos, liberales, algunos desencantados de procedencia falangista...”; y añade, en relación con la implicación del *Partido*: “El PCE estaba sumamente interesado en el proyecto del Congreso. Por eso, en un documento interno se afirma: “Dada la gran importancia del Congreso de Escritores Jóvenes, se encarga a los camaradas Julio Diamante y Enrique Múgica la dirección del trabajo del Partido en el seno de la comisión del congreso sin perjuicio de aquel”. Y seguidamente se señalaba el contenido que había que mantener: “Defensa de las libertades democráticas y de expresión. Defensa de la paz. Defensa del realismo y el arte en literatura. Defensa de la relación entre el intelectual y el pueblo. Planteamiento de problemas de los universitarios”. Pero, por la militancia de Diamante, esto sólo se pudo

escribir cuando el proyecto del Congreso ya estaba andando.

El valor principal del PCE en estos momentos –y era poco pero tampoco todo– estuvo en el estímulo que se inyectó, la orientación general, en el reforzamiento que supuso para una juventud inquieta, huérfana políticamente, el sentimiento de pertenencia y unidad dentro de un colectivo que actuaba con idéntica señal política en aras de un objetivo compartido y justificado por el PCE; pero como organización, pienso que es relativa la responsabilidad concreta en la gestación y desarrollo del CUEJ y que el libro de Soler, sin hacerse formalmente esa pregunta, la responde. Era lógico, por lo demás, que se tratara de patrimonializar políticamente tan importante evento. Por su parte, para el franquismo, era un *leitmotive* recurrente el asignar la responsabilidad de todo lo que ocurriera contra la dictadura a la acción conspirativa del PCE, aunque no la tuviera, manteniendo la estrategia de enemigo único. Todo esto ha producido, a lo largo del tiempo, cierta distorsión interpretativa sobre el papel del PCE en diversos acontecimientos históricos. En realidad, no hubo, ni pudo haber un dirigismo mecánico del movimiento estudiantil –ni del CUEJ– tal y como dibujaba *conspiranoicamente* la dictadura y como hubiera, sin duda, deseado el PCE, a quien no se le puede negar, en cualquier caso, su papel de animador.

Fueron estos mismos estudiantes organizados, pero sólo parcialmente dirigidos los que una vez acorralado el proyecto del CUEJ, procuraron tensar más la situación haciendo una presentación pública del mismo (27 de mayo de 1955) y lanzaron tres números del *Boletín* (mayo-octubre de 1955). Cuando la batalla estaba prácticamente perdida, falleció José Ortega y Gasset y su entierro, en octubre de 1955, fue aprovechado para rendirle un homenaje al “filósofo liberal español” que se acabó transformando en un acto reivindicativo, en forma de manifestación multitudinaria, alternativo al reconocimiento oficial. El descontento que se iba acumulando desde, al menos los incidentes referidos de enero de 1954, unido a la ligazón emocional, de trasfondo político, que los estudiantes más activos habían ido tejiendo hacia una base más amplia, cada vez más inquieta y dinámica (la legislación sobre disciplina académica aprobada justo en estos años así lo atestiguan), explican lo que ocurrió en febrero de 1956 con la explosión de la protesta con ocasión del proyecto para destruir el SEU, mediante la ocupación de cargos por parte de antifranquistas que comenzaron a presentarse a las elecciones oficiales. El entierro de Ortega significó a su vez el certificado de muerte del Congreso. El siguiente paso fue tratar de celebrar un Congreso de Estudiantes Libres con el que se daba un salto cualitativo en

la lucha al pasar a plantear problemas universitarios específicos, relacionados con la representación. La línea de continuidad con lo ocurrido unos meses antes la fijaron en buena medida los estudiantes organizados en el PCE pero también sus “compañeros de viajes”, necesarios en este tránsito del despertar.

Así, en toda la historia que nos recrea Soler, creo que fueron más importante las redes informales de relación que las formales porque las primeras funcionan mejor en contextos dictatoriales; esta malla humana de participación y solidaridad fue la base real del Congreso, al que se le dedica un capítulo en el libro, describiendo, en la línea expuesta por Julio Diamante, cómo se hizo extensiva a otras personas que nada tenían que ver con el PCE (Gabriel Elorriaga, Jaime Ferrán, etc.). Tras este capítulo, para recorrer cronológicamente la historia del CUEJ, se intercalan epistolarios, a veces cruzados, entre Múgica y otros protagonistas: Semprún, Laín Entralgo, Gabriel Elorriaga, Jorge Jordana, Albert Manent (que visibiliza la posible presencia de los poetas catalanes en el CUEJ), Dionisio Ridruejo, Jesús López Medel, etc. Este aporte documental ordenado es otro de los valores indiscutibles del libro.

Finalmente, resulta necesario detenerse en el apartado de fuentes que, como pilastras, sostienen el edificio y le dan brillo. Y es que las fuentes son

las idóneas para el desarrollo metodológico de una historia como la que se presenta, modélica en el sentido expresado: para la reconstrucción y análisis de las redes informales de relación nada tan útil y procedente como la correspondencia privada, que se explora en profundidad y, en ocasiones, se aporta sistematizada por primera vez. No hay fuente sustantiva y potencialmente válida que no haya sido escudriñada y empleada con fortuna: desde las memorias y recuerdos personales (bibliografías y artículos) hasta la correspondencia cruzada, pasando por la fuente oral, documentos policiales, documentación de archivo (PCE), los *Boletines* y

otros documentos del Congreso y, por supuesto, las investigaciones y fuentes secundarias disponibles. Así pues, desde estos puntos de vista, *La Resistencia silenciada* avanza en el conocimiento factual de la historia del CUEJ y de su *Boletín*, y permite inferir conclusiones sobre el germen de un movimiento social tan corrosivo contra la dictadura como fue el estudiantil que nunca desestimó el papel de la cultura (teatro, música, literatura, etc.) en la destrucción del franquismo y en la alternativa democrática en la que profundamente creía, sea cual fuere ésta.

Alberto Carrillo-Linares  
Universidad de Sevilla